

proclame, son un rey ateo y un pueblo impío. Los hombres que la consienten, consienten su ignominia, son esclavos; el dominio del mundo sólo pertenece á los mejores, y humillando ante los mejores nuestras frentes, no somos esclavos, no somos ateos, no somos impíos.

## LECCION SÉPTIMA

(24 DE ENERO DE 1837)

---

### DE LA SOBERANIA DE LA INTELIGENCIA

CONSIDERADA EN LA HISTORIA

---

SEÑORES:

En la lección última dimos principio al examen del dogma que sirve de fundamento al Gobierno representativo; dogma que, una vez realizado en las instituciones políticas de la Europa, debe poner un término á todos los principios reaccionarios, debe reclamar como suyo el porvenir, debe dominar el mundo. En ella vimos que, si todo poder debe ofrecer al súbdito una garantía de acierto, y que si esta garantía debe proporcionarse siempre á la importancia de las atribuciones de que se halla revestido, el que se proclame omnipotente debe ser infalible, porque la infalibilidad es la única garantía contra la omnipotencia; no siendo infalibles los pueblos, les negamos la omnipotencia; no siendo infalibles los reyes, negamos la omnipotencia á los reyes; no pudiendo localizarla en el mundo, la localizamos en el Cielo; no pudiendo localizarla en el hombre, la localizamos en Dios; no pudiendo localizarla en la razón humana, la localizamos en la razón absoluta: ella sola es infalible; y porque ella sola es infalible, ella sola es omnipotente, señores.



Si la omnipotencia social es un poder que oprime bajo su peso á los hombres que le proclaman para sí y á los pueblos que le sufren, la soberanía limitada es un elemento necesario de todas las sociedades. La cuestión de la soberanía reducida á sus verdaderos límites, consiste en averiguar en qué manos debe depositarse el Gobierno para que llene su misión en las sociedades humanas. Si su misión es conservar, y si sólo conservan los que prevén; si sólo prevén los seres inteligentes, y si conservan mejor porque prevén mejor los que están dotados de más inteligencia, los más inteligentes tienen derecho á gobernar, porque sólo los más inteligentes ofrecen una garantía proporcionada al poder de que se hallan revestidos.

Hay, pues, dos soberanías; la soberanía de derecho, y la soberanía de hecho: la soberanía omnimoda, y la soberanía limitada: la soberanía de Dios, y la soberanía del hombre: la soberanía de la razón absoluta, y la soberanía de la inteligencia.

De ésta es de la única de que debemos ocuparnos. La razón nos ha presentado ya sus títulos <sup>1</sup>; veamos si la Historia los confirma; y si en el desarrollo espontáneo de los pueblos que nacen y en las transformaciones de los pueblos que crecen la inteligencia es la única que los conduce en su marcha, la única que les revela su destino, estaremos autorizados para afirmar que ella sola es la reina del mundo, puesto que ella sola engendra las ideas y puesto que ella sola domina los hechos <sup>2</sup>.

Antes de todo, fijemos la significación de las palabras: la inteligencia, considerada en sí misma, no es otra cosa que la facultad de conocer <sup>3</sup>, pero puede ser considerada como una facultad activa del hombre; y como el hombre recorre el período de la

<sup>1</sup> Ningún título tiene de por sí la inteligencia limitada de ningún hombre para mandar á los demás, ni aun para mandar á quien la posee. El mismo Donoso al poder de la inteligencia limitada llama soberanía de *hecho*, y no de *derecho*. Pero no advirtió que si el soberano carece de derecho á mandar, los súbditos no tienen obligación de obedecer; y así el sistema de la soberanía de la inteligencia se resuelve en puro anarquismo.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

<sup>2</sup> ¡Qué ha de dominar los hechos la flaca inteligencia de los hombres!—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

<sup>3</sup> De conocer lo *inteligible*, porque lo sensible, como tal, lo conocen los sentidos.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

infancia, el período de la virilidad y el período de la decrepitud, la inteligencia, obedeciendo á las leyes de su organización, obedece á la ley de todas sus transformaciones; por eso hay una inteligencia propia de la decrepitud, que consiste en la facultad de conocer las cosas que pueden hallarse al alcance aun de los hombres decrepitos: otra inteligencia propia de la juventud, que consiste en la facultad de conocer todas las ideas que están sujetas al dominio del hombre en el estado de su más completo desarrollo; y otra, en fin, propia de su infancia, que consiste en la facultad de conocer todo lo que se dibuja en el limitado horizonte que se inflama con los brillantes colores de la aurora de la vida. El hombre, en fin, infante, adulto ó decrepito, puede estar modificado por circunstancias particulares que influyen de un modo directo en el desarrollo de su inteligencia, que está destinada á reflejar todas sus modificaciones; y ved cómo la inteligencia es siempre una misma porque es siempre la facultad de conocer, y, sin embargo, diferente de sí propia porque aprisionada en nuestros órganos y obedeciendo sus leyes, todas sus vicisitudes la transforman, y el tiempo al pasar la modifica; y ved también cómo el hombre es un ser idéntico á sí mismo porque es siempre inteligente, y, sin embargo, diverso de sí propio en los varios períodos de su vida y de su existencia. Así, señores, el hombre es vario y uno, múltiple é idéntico; porque es uno, existe la humanidad; porque es vario, existen los individuos; los individuos son el resultado y la expresión de todas sus diferencias; la humanidad es el resultado y la expresión de todas las armonías <sup>1</sup>.

Acabamos de ver cómo se manifiesta la inteligencia en el hombre; veamos cómo se manifiesta y se realiza en las sociedades humanas.

Las sociedades, como el hombre, están dotadas de inteligencia, y la inteligencia, en las sociedades como en los individuos, está sujeta á la ley de todas las transformaciones sociales.

<sup>1</sup> Todo este largo pasaje es una mezcolanza de especies semisensualistas, semi-idealistas que no se pueden de ninguna manera admitir.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)



Ahora bien, señores: los pueblos nacen, crecen y degeneran, y una es la inteligencia propia de los pueblos que degeneran, otra la de los pueblos que crecen, otra, en fin, la de los pueblos que nacen. Por eso la inteligencia social, como la inteligencia del hombre, es una, porque es siempre la facultad de conocer; es varia, porque se modifica y se transforma. Así Newton se parece á todos los hombres porque es hombre; se diferencia de todos los hombres porque es Newton; España se parece á todas las sociedades porque es una sociedad; se diferencia de todas las sociedades porque es la sociedad española. En el seno del hombre, como en el seno del mundo, la unidad y la variedad coexisten.

De estas observaciones resulta: 1.º, que la inteligencia social, examinada en la Historia, no es la inteligencia en abstracto, la inteligencia inmutable, la inteligencia idéntica siempre á sí misma, sino la inteligencia concreta, la inteligencia localizada en el espacio, modificada por el tiempo; la inteligencia, en fin, que, animando el seno de las sociedades humanas, las sigue en todas sus revoluciones y se transforma con ellas; 2.º, que siendo esto así, el tipo de la inteligencia de una sociedad infante no debe buscarse en el seno de una sociedad adulta, ni el tipo de la inteligencia de una sociedad bárbara en el seno de una sociedad civilizada; porque la inteligencia de un pueblo que se agita apenas porque nace, no puede ser idéntica á la inteligencia de un pueblo que crece y que progresa. En fin, señores, lo que me he propuesto demostrar ante vosotros si os dignáis concederme vuestra atención, es que la inteligencia propia de los pueblos que nacen, domina siempre en los pueblos que nacen; que la inteligencia propia de los pueblos que crecen, domina siempre en los pueblos que crecen; que la inteligencia propia de las sociedades civilizadas, domina de la misma manera en las sociedades que han llegado al cenit de la civilización y á su más completo desarrollo, y, por consiguiente, que el dominio del mundo pertenece á la inteligencia, puesto que la razón así lo dice, puesto que así lo dice la Historia.

Ahora bien, señores: ¿cuál es la inteligencia propia de una sociedad que nace? Lo será la facultad de conocer todo lo que necesita para asegurar su infancia contra los monstruos que la amenazan, contra los enemigos que la cercan. Lo que necesita es vencer, porque para ella vencer es existir. Entre dos tribus que luchan, la que bebe la sangre de sus enemigos en los cráneos de sus enemigos es la más inteligente, porque la victoria, en los pueblos que nacen, es la inteligencia misma.

No consideréis á la tribu que vence en su relación con la tribu que sucumbe: consideradla cuando se ajusta las armas para combatir, cuando marcha hácia el campo del combate pidiendo al Dios de sus mayores, ó la muerte de los bravos, ó la vida de los héroes.

¿Quiénes son aquellos dos hombres inspirados que, con una sola palabra, producen un incendio en aquella confusa multitud, y que con otra sola palabra serenan la tempestad que se desprende del corazón de los hijos del desierto? Son un bardo y un caudillo, es decir, el hombre que vence y el hombre que hace posible la victoria: porque el guerrero cumple lo que ha anunciado el profeta <sup>1</sup>, la espada ejecuta lo que promete la lira.

Cuando el profeta entusiasta que ofrece la inmortalidad en sus himnos es el mismo que vence en el campo del combate; cuando en su fuente brillan á un mismo tiempo un rayo de esperanza y un rayo de gloria; cuando en ella tienen su trono y su asiento dos inspiraciones sublimes, la inspiración de la poesía y la inspiración de la guerra, entonces ante ese hombre, inspirado y favorecido del Cielo, todos los demás hombres se postran; ante esa frente que anima una doble inspiración, todas las frentes se inclinan. Su imperio sobre la tribu que le sigue es una fascinación. Si manda, su voz de mando subyuga: si canta, su voz armónica cautiva; porque su voz, cuando no es la voz del Cielo, es la voz de la sirena.

Y no se crea, señores, que me ha dado estos matices la Poe-

1 Esta expresión es aquí impropia: no es lo mismo bardo que profeta.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)



sía: los he encontrado en la Historia; ella atestigua la verdad de estas observaciones en todas las páginas que ha consagrado á la descripción del estado social de los pueblos primitivos; pero no siéndome posible invocar su testimonio tan detenidamente como yo quisiera, porque rompería, invocándole, el cuadro estrecho de estas lecciones, me permitiréis que sólo os cite un ejemplo que basta ahora á mi propósito.

Entre las razas del Norte que, conducidas por la Providencia como á la sala de un festín á los funerales del Imperio, consumaron la revolución más grande que han presenciado los siglos, una hay más robusta, más independiente, más fiera que todas las demás, y que, azote de Dios para los mares y azote de Dios para los pueblos, ha estampado una huella ancha, sangrienta y profunda en dondequiera que ha asentado su estandarte, por dondequiera que ha dilatado su dura dominación, en todas las regiones, en fin, en donde, como pirata y como conquistadora, ha hecho prueba de su calamitoso poderío. Hablo de la raza escandinava, señores.

Ella fué la primera entre todas las del Norte que invadió como un torrente la Italia ciento once años antes de nuestra era, siendo cónsules Cecilio Metelo y Papirio Carbo; sus guerreros entonces llevaban el nombre de cimbro, Roma á la sazón tocaba al límite de su poder y de su gloria; y, sin embargo, esa raza de gigantes venció á la reina del mundo en cuatro grandes batallas. Tres pueblos son los únicos que han eclipsado el astro de Roma; los galos, los cartagineses y los cimbro: pero Breno la sorprendió en su cuna. Apenas rayaba en su virilidad cuando tuvo que combatir con Cartago y con Aníbal; con Cartago, señores, que era á la sazón el pueblo más fuerte entre los pueblos; con Aníbal, que era el hombre más grande entre todos los hombres, y que lo sería aún si César y Napoleón no hubieran existido.

Sólo los cimbro invadieron sus hogares cuando desde sus hogares dictaba leyes al mundo, y cuando el mundo, en cambio de sus leyes, le daba inciensos que ardían en los templos de sus

dioses. Pero como la dominación estaba prometida al Capitolio, un hombre hubo que supo lavar en la sangre de los bárbaros la afrenta de Roma: Mario fué ese hombre que, devolviendo al polo sus hijos, libró de su profanadora presencia á las matronas romanas. Cuando los cimbro fueron completamente derrotados, sus mujeres, poseídas de un vértigo feroz, devoraron á sus maridos, insultaron á sus padres, y, como sonámbulas delirantes, se precipitaron entre las ruedas homicidas de sus carros, que por primera vez sin duda las habían conducido á la ignominia puesto que no las habían llevado á la victoria.

Desde su primera invasión hasta la destrucción del Imperio, no conocemos los hechos de armas de los pueblos escandinavos. Pero en el tiempo de la Conquista y en la Edad Media vuelven á aparecer en el mundo, y aparecen como piratas que recorriendo los mares sin Dios y sin ley, no sólo fueron de los primeros que se presentaron para recoger la herencia de los Césares vencidos, sino que también amenazaron con el yugo de una segunda invasión á los pueblos vencedores. Famosa ya en el siglo V por sus célebres y siempre funestas correrías en el Océano germánico y en las costas de la Galia, infestaron con el nombre de sajones el archipiélago de la Gran Bretaña, que sujetaron á su Imperio. A últimos del siglo IX saquearon á París con el nombre de normandos, y se apoderaron de la Neustria, que se llamó después Normandía. Animados con sus victorias penetraron en la Rusia por el Dnieper, y volvieron á elegir á la Inglaterra para teatro de sus devastadoras incursiones. Alfredo les disputó su posesión en cincuenta y seis reñidas batallas; pero el destino de los antiguos bretones era sufrir la pesada dominación de los pueblos escandinavos; y cuando Alfredo, más grande que su destino, hubo desaparecido de la escena, la ocuparon como conquistadores los cimbro de Dinamarca y los dinamarqueses de la Normandía; los primeros fueron conducidos por Canuto: los segundos por Guillermo, que trocó su corona ducal por la corona de rey en la batalla de Hasting. En fin, señores, la Europa meridional



magnífico edén abierto á las incursiones de todos los bárbaros del mundo, y que con su acción enervante les hace olvidar el inclemente cielo y las nieves eternas é inexorables del polo; la Europa meridional, repito, fué profanada segunda vez por estas nuevas hordas de nuevos bárbaros del Norte, que tremolaron su enseña delante de Sevilla, que la asentaron en Italia, en donde, después de haber fundado grandes establecimientos, dieron principio á la fundación del opulento reino de Nápoles.

Si hay una raza nacida para sujetar á su yugo los Imperios, y cuyo amor á la independencia absoluta presente todos los caracteres del más ardiente fanatismo, esa raza es la de los pueblos escandinavos, señores: sobrios y robustos como todos los pueblos del Norte, fanáticamente fieros como todo pueblo conquistador, lúgubrementes sombríos como la bruma que se asienta en los mares que los ciñen, turbulentos como las ondas que surcaban, indolentes como acostumbrados á confiar al Océano su porvenir y su destino, ¿ante quién inclinarían su cerviz esos indómitos piratas, tiranos de los mares, y huéspedes de funesto agüero para todas las naciones?

Y, sin embargo, hubo un hombre, á cuya voz magnética y sublime obedecieron como á la voz de una divinidad los fieros escandinavos: hubo un hombre que ajustó un yugo á sus frentes, que los obligó á vivir en cuerpo de nación, que absorbió, en fin, á los individuos en la unidad social, de la que fué reconocido como único representante. Ese hombre fué Odino, señores, y Odino fué un bardo y un guerrero; es decir, que los escandinavos, obedeciendo á la ley de todas las sociedades infantiles, reconocieron el dominio de la inteligencia cuando la vieron brillar en una frente animada por la inspiración de la guerra y por la inspiración de la poesía.

Aliado de Mitrídates en la obstinada lucha que sostuvo contra la República romana, y vencido con él por las armas de Pompeyo, Odino abandonó el Asia setenta años antes de nuestra era, y se abrió paso por el Norte de la Europa; en medio de sus rápidas conquistas, que comenzó por la Rusia y que dila-

tó después por la Sajonia, la Escandinavia y por todo el resto del Norte, iba estableciendo en todas partes un Gobierno, una religión y un culto: según las crónicas irlandesas, de que hace mérito Mallet en su introducción á la historia de Dinamarca, jamás se había escuchado en el Norte una elocuencia más popular y seductora que la suya. Él inventó los caracteres rúnicos, y los primeros acentos armoniosos que se dilataron por aquellas vastas regiones fueron también los acentos de su lira. El Norte le erigió altares y le reconoció como á su Dios. ¡Magnífico espectáculo, señores, el de un pueblo que llora sobre una tumba, que la convierte en un altar, y que, proclamando en alta voz la apoteosis de su bardo y su caudillo, proclama la apoteosis del genio; y proclamando la apoteosis del genio, proclama la apoteosis de la inteligencia! <sup>1</sup> Porque no debemos olvidarnos, señores, de que es ley de todas las sociedades infantiles que sólo los himnos las constituyen, y sólo las robustecen las victorias; y como la inteligencia de una sociedad consiste en el conocimiento de todo lo que la constituye y la hace fuerte, una sociedad infante obedecerá á la inteligencia siempre que obedezca al hombre que es bardo en la paz y caudillo invencible en los combates, puesto que sólo la constituye el poeta y la hace fuerte el guerrero, puesto que sólo la constituye la lira y la hace fuerte la espada.

Cuando un pueblo guerrero pasa de la vida nómada á la vida estable; cuando los vencedores se dispersan por el territorio conquistado; cuando para consolidar su dominación se fijan y se establecen en medio de los vencidos, la sociedad se transforma. Las artes de la paz comienzan, la guerra deja de ser la primera necesidad del pueblo, porque puede vivir seguro en medio de sus conquistas, robustecido por sus recientes victorias. Poco antes, para ese pueblo, existir era luchar y vencer: para ese mismo pueblo la existencia es ya el reposo. Antes le constituían los encantos: ya le constituyen las leyes.

<sup>1</sup> Donoso muestra aquí ciertos como visos de ingeniolatría; ilusiones que padecía su mente lejos de la verdad.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)